

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 23 Julio 1914.-Número 30.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

El avance... á campana tañida

¡Hosanna, liberales españoles, hosanna!

Los que os sentís fatigados, paraos á cobrar fuerzas.

Los que perdisteis las esperanzas, recobradlas.

Los que llegáis á la vejez creyendo perdido el fruto de la labor de vuestra vida, dejad la tristeza.

Los que suspiráis por la revolución que lleve al sepulcro eterno el fantasma macabro de lo viejo, de lo caduco, sabedlo: sabedlo todos: la revolución avanza: la revolución se hace: la revolución está hecha en alguna parte. Vedlo.

Aquel país de la tierra en que el hombre se constituye en sociedad y levanta una villa donde todos comen, todos trabajan, todos disfrutan una misma dicha y padecen un mismo pesar; pueblo sin odios de clases, libre de bandos políticos, purgado de vicios, robusto de cuerpo, sano de espíritu, vigoroso de voluntad, limpio de cerebro; pueblo ideal, sin tabernas, sin burdeles, sin templos, sin mendigos, sin conventos; pueblo soñado por los estadistas como utopía deseable y realizable... ese pueblo existe. Yo lo he visto y yo lo canto á los que no lo vieron.

No vayáis á buscarlo en las Américas progresivas, ni en las Indias fantásticas: existe para mayor sorpresa y maravilla dentro de la península española, siendo oasis de libertad y de dicha en el inmenso de-

sierto donde impera la tristeza y donde forma orquesta el llanto del dolor.

¿De dónde nació este pueblo, cuál sangre lo ha engendrado, y en cuál escuela ha aprendido?

Ved los testimonios de su origen y los últimos conductores que ha tenido: esos viejos que han atravesado tres generaciones y que conservan en su memoria la vida del tiempo de su juventud: oidles.

Entonces... este oasis de ventura era asilo de la desgracia. El pueblo exprimía sobre la extenuada tierra los humores de su extenuado cuerpo. Y cuando el inclemente cielo había sido piadoso con las cosechas, y cuando el aliento de la sequía no había agostado las plantas, y cuando éstas habían arrojado de su seno los frutos del esfuerzo combinado del hombre y de la naturaleza, y pagaba al fecundante trabajo el tributo de sus productos... entonces... Entonces el espectro de dos monstruos arrebatában el fruto á la tierra y al hombre, que se hallaban cara á cara, insultándose uno á otro con la mueca de la extenuación, del desengaño y de la burla.

Esos dos monstruos eran... ya lo habéis adivinado: del Estado se decía el uno, y traía la corona de las cinco diademas: del cielo se decía descendido el otro, y traía la hosca cogulla: se llamaban el *Conde* y el *Fraile*.

Una voz resonaba en la atmósfera llenando el horizonte de la villa: voz proferida por boca sentenciosa, que flotaba en el aire y juntaba en sus ondas el cielo y la tierra, hablando á aquella tribu de esta guisa:

—Tal es el orden de Dios en la humanidad: tal es el Derecho establecido. El rey proclama santo al Dios que tal bendice y le consagra soberano: Dios consagra al rey que le proclama santo y adorable. Este es el orden divino y soberano; santo, según el sacerdote; justo según el magi-trado: un convento y un castillo para los ungidos del señor: Para el pueblo... el trabajo, el dolor, la esclavitud y la horca. Eso dice todavía la campana de la parroquia. Eso pregonan en el aire blasfemando al cielo y azotando la tierra.

¡Pobre campana! Miserable la suerte que te deparó el destino, de estar eternamente clamando...

¿Por qué llamas en Carlet todavía? Antaño... recuerda. A tu grito de alborada sacudíanse los dormidos cuerpos y todos los labios sentíanse movidos á repetir tus rezos. Inaugurabas la plegaria, y todos respondían á una, todos te hacían coro: toda la villa era un convento, del cual las casas mismas eran celdas y monjes sus moradores.

Tú marcabas el compas de la vida. Tú eras la corneta de ordenanza. Tú eras la laringe del pueblo: Tu voz la que ahogaba toda voz...

¡Pobre campana!

Aquellos venturosos tiempos ¿qué se hicieron? Ahora, tu voz no entusiasma, sino que tortura. Ya no arrancan rezos tus toques, sino maldiciones y blasfemias. Das la voz de mando y nadie te obedece.

Gritas en grito desesperado al pueblo, y el pueblo no te oye; si te oye no te escucha; si te escucha, no te entiende; si te entiende, te execra.

Eres la Déspota destronada: eres el predicador de sordos: el extranjero que habla idioma desconocido: el embuste descubierto...

Te agitas desesperadamente como furia. La soberbia despechada te revuelve. ¡En vano... en vano...!

A tus llamadas al *Via-Crucis* replica la banda de música, y el pueblo pone en caricatura tus hipocresías con sus danzas.

¡Gritas... Gritas...!

Todos los vecinos te entienden ya.

Tus campanadas van diciendo: «¡Primicias! ¡Diezmos! ¡Limosnas! ¡Bulas! ¡Misas! ¡Bautizos!...»

Entonces, en aquel tiempo, cada golpe de tu badajo en tus labios, dejaba forjada una moneda.

Entonces... Había en Carlet dos moradas: el Castillo y el Convento.

Todo pasó.

Hundiéronse las madrigueras.

Los «dioses» de antes son los peles de hoy.

¿Qué ha ocurrido?

Nada: el avance.

Sobre aquel cementerio sopló su soplo de vida la sabiduría.

Donde tuvo su olimpo la muerte, celebra su fiesta la vida.

¿Dónde está el Conde de Carlet?

¿Dónde está el Fraile?

¿Dónde el terror de sus corchetes?

¿Qué se han hecho?

Ya lo sabéis, españoles.

La revolución queda hecha en Carlet.

Nada podría variar la República.
Nada tiene que hacer la Anarquía.
La Libertad impera esplendorosa.
¡Hosanna!

S. PEY ORDEIX

Carlet.

Recuerdo oportuno

De un momento á otro va á solucionarse la cuestión del licenciamiento de los soldados de cuota.

Como es posible que el Gobierno se conforme con el parecer del Consejo de Estado, *de que no hay guerra en Marruecos*, recuerdo este hecho:

Allá á fines de 1912, si no me es infiel la memoria, desertaron en Marruecos tres soldados: Juan B. Cerdá, Antonio Aguado y Miguel Pascual Pomar.

Los dos primeros fueron fusilados y el tercero indultado de la pena de muerte.

Si en Marruecos no había guerra, no debieron ser fusilados: esto no admite discusión: tal pena sólo se aplica á los desertores cuando cometen el delito frente al enemigo.

Es así que fueron fusilados, luego el Gobierno no puede conformarse con el parecer del Consejo de Estado ni la opinión de exigir á los que en aquella época gobernaban la tremenda responsabilidad que les alcanzaría por aquellos fusilamientos.

Me agradaría saber la opinión de los periódicos independientes de todos los partidos sobre este punto.

¿Qué haremos?...

Amigo Nakens: ¿No ha sentido usted alguna vez, si no arrepentimiento, cierta íntima y secreta amargura de haberse dedicado á la campaña tan laboriosa como improductiva de la lucha anticlerical?

Pasan años y años, llega la vejez y con ella todas las impotencias, y se ve que la caja está vacía, la cosecha de desengaños muy abundante, y en el ocaso de nuestra vida, como premio á tantos afanes columbramos la vetusta mole de un hospital ó de un asilo, no como la más bella perspectiva, pues los ha habido que han terminado sus días en un banco del Prado ó Recoletos sin más testigos que el melancólico parpadeo del alumbrado público.

El ejemplo que nos dan ustedes los que pudiéramos llamar patriarcas del anticlericalismo no tiene nada de seductor y atrayente. Muchas veces he pensado yo y han pensado otros: «¡Para acabar así!»

Porque vamos á cuentas; resuma usted los años de trabajo y el bagaje de obra literaria, y compárelo con el fruto obtenido, y verá el balance que arroja: un pasado lleno de angustias, privaciones y sobresaltos, y un porvenir exhausto y negro como boca de lobo. Y si echa usted una mirada, así, á ojo de buen cubero, sobre el montón de sus libros, y sobre las colecciones de EL MOTIN, verá sin hipérbole alguna que ni siquiera ha sacado usted para el coste del papel. Eso en cuanto á la parte material, que si vamos á meternos en la otra...

Supongamos que todo ese tiempo, esa actividad, y esas luces tan envidiables que usted posee, las hubiera dedicado á cualquiera otra cosa, á escribir romances de ciego, por ejemplo, á rastrearse paso á paso por una Redacción de cierto tono: pues hoy sería usted un Salvador Canals, ó un Julio Burell, ó un Francos Rodríguez.

¡No se dejaría usted ahorcar por algunos miles de duros! En cambio ahora...

Yo no llevo más que quince años metido en estas tretas; durante ese tiempo, menos conferencias, que no me da la gana de darlas como no me las paguen bien, han pasado por mi mano todos los géneros literarios: novelas, cuentos, polémica, controversia, versos, dramas, crítica, ¡qué sé yo!, todo aquello que en el manejo de la pluma puede dar producto ó reputación. Pues, hijo, mejor dicho, padre, ni lo *juno* ni lo *jotro*. Durante esa quincena, ¡cuánto imbécil que no valía para descalzarme se ha puesto en zancos ó se ha calzado las botas! ¿Debe esto tolerarse?...

De aquí he deducido que la suerte y el *hacer negocio* no estriba en el talento, en la actividad, ni aún en los protectores, sino en no meterse jamás en radicalismos de ninguna especie. «Los radicalismos no dan de comer» dijo en cierta ocasión Claudio Frollo, y como lo pensó lo hizo, y se coló en *A B C* para seguir la estela luminosa de Azorín.

¿Qué haremos, amigo Nakens? Por que todas estas nuestras desdichas presentes y pasadas, no tienen más causa ni origen que habernos liado á mamporros con nuestra santa madrestra la Iglesia, y haber hurgado á los biboreznos que lleva en su seno.

«Hubiera yo sido fraile del Abrojo, y no rey de Castilla—decía uno de nuestros antiguos monarcas—y no pasaría ahora estas angustias de muerte.» Si hubiéramos sido nosotros unos cucos, vividores, intrigantuelos, quitamotas, y lanzadores sempiternos del grito: ¡Viva quien *venza!* y ahora nos daríamos nues-

tro tono, y tendríamos el estómago ahito, y la cartera bien repleta.

¿Qué extraña seducción encierra esta lucha contra el clericalismo que aun sabiendo que es nuestra ruina no sabemos dejarla?... Nos pasa á nosotros con estas andanzas algo de lo que les ocurre á ciertas hembras que cuanto más las pega su hombre más le quieren. Yo creo que nos la han dado con queso, porque yo miro en torno de nuestro palenque, y sólo veo á los combatientes. Los espectadores están haciendo guiños al enemigo, y comiendo á dos carrillos. ¡Y nosotros recibiendo estacazos!

FRAY GERUNDIO

Amigo Fray Gerundio:

Llevo más de dos meses ocupado en dar la última mano de corrección y clasificación á todo lo que *yo quisiera que quedase de mí*. (He repetido tantas veces esta frase, que ya la subrayo como si fuese ajena.)

Si pudiese dejarlo recogido en tomos (que lo dudo) finiquitaría contento. La idea de que dejaría materia sobrada para que los clericales siguieran insultándome y maldiciéndome, endulzaría mis últimos instantes.

Mas por si no pudiese, quiero dejarlo todo tan bien recogido y arregladito y ordenadito, que pueda cualquiera mañana hacer lo que yo no pude.

Y le digo á usted esto, amigo Fray Gerundio, para disculparme de no haber contestado á su artículo en este número.

Enfrascado en esa labor me he descuidado en la corrección de las pruebas de EL MOTIN, y hasta última hora no he leído su artículo. (Siempre doy los suyos á la imprenta sin leerlos, por saber de antemano que han de gustarme.)

En el número próximo le contaré.

Nuevo aplazamiento

El senador republicano, Sr. Moles ha dirigido á EL PAÍS el telegrama siguiente:

«BARCELONA 16

Sólo defiriendo á la invitación de su periódico protesto, otra vez más, contra la miserable patraña, por mí rechazada pública y repetidamente, y que algún alma ruin hace publicar, periódicamente, la canallesca imputación. Duéleme que, conociéndome, haya abrigado, siquiera condicionalmente, duda. — Moles.»

Como el último número de *Los Miserables*, periódico que hizo la afirmación rotunda de que fué el señor Moles quien pronunció aquella frase sangrienta, lleva fecha 17, y no ha podido, por lo tanto, enterarse

del telegrama de *El País*, fechado el 18, suspendo nuevamente mi juicio hasta leer su respuesta.

LA UNION

¿Que si no hablo hace tiempo de ella?

No habiendo respondido los republicanos á la idea de organizarse por provincias, último procedimiento que nos falta ensayar ¿para qué?

Algunas provincias se han organizado autónomamente; pero sobre ser pocas, no lo han hecho con el propósito exclusivo de nombrar un representante para la Asamblea que deben celebrar los de todas.

La mayoría de las provincias permanecen como estaban, dependiendo de los organismos mandados recoger por inútiles, y dando sólo señales de vida en los banquetes de aniversarios, en la lucha electoral, en las cominerías de Comité, además, continúan supeditadas servilmente á los caciquillos que representan á las fracciones que en cada una de ellas predominan.

Y siendo así, ¿voy á estar yo un número y otro gritando: ¡A reorganizarnos! ¡A reorganizarnos!, exponiéndome á aburrir á mis lectores, y robando espacio en el periódico á la campaña anticlerical, convencido ya de que mi empeño es inútil hoy por hoy? Necio fuera.

Para demostrar que he querido y quiero la Unión (para hacer algo, claro es), bastan los treinta y tres años que llevo predicándola y procurándola, sin excluir forma ni desear medio.

Creí varias veces que estaba hecha en los cerebros y en los corazones, y á poco vi que no pasaba de los labios. Y hala otra vez á buscarla por otro camino.

Y en esta labor de perro que da vueltas al asador para preparar la carne que no ha de comerse él, me he pasado años y años viendo subir á unos, medrar á otros y farolear á muchos, mientras el amigo *Juan Lanas* se desgañaba por su parte dando vivas, depositando papeletas en las urnas en favor del candidato que le indicaban, y renegando á lo mejor de mí que nada le pedía ni nunca le engaño, todo porque combatía á su ídolo de temporada.

Y después de esto, ¿cómo ha quien se extraña que me pase cuatro ó cinco semanas sin hablar de la unión?

Comprendería mejor que nadie se explicase por qué hablo de unión todavía.

UNA DIMISION

Salvatella presentó la renuncia del cargo de jefe de la minoría Conjun-

cionista en el Congreso. Fué como decirle á los diputados: «Ya que no me destituisteis en el momento mismo de hacer yo el panegírico de Maura, como era vuestro deber, yo me aplico la sanción que vosotros debísteis imponerme.»

La minoría acordó no aceptar la renuncia, lo que en cierto modo pudiera tomarse como perdón misericordioso, ya que no puede interpretarse como aprobación al acto realizado.

Insistió Salvatella en su renuncia para quedar en completa libertad de decir por su cuenta y riesgo lo que se le antojase, sin que nadie pudiera tomar lo que dijese como expresión de lo que la minoría pensaba.

No sé la solución que se habrá dado al incidente. Si ha sido la que Salvatella desea, ya tenemos en perspectiva un nuevo canton republicano-parlamentario: el de Salvatella.

Siguiendo así, es posible que un día se perfeccione el sistema de la división, partiéndose por gala en dos cada diputado, á fin de que cada una de sus mitades pueda recabar la autonomía que necesita para disentir de la otra.

Reconozco que no soy yo el más autorizado para hablar de esto, habiendo actuado siempre con entera independencia, sin sumarme á ningún partido ni someterme á disciplina alguna. Sí, lo reconozco, y prometo seguir haciéndolo...

Pero hay que distinguir. Si yo he hecho eso, ha sido por no haberle pedido á nadie ni haber de nadie aceptado un voto para llegar donde tantos otros que valen menos que yo han llegado. Hubi ra solicitado ó aceptado el apoyo de un partido para ser diputado, y me guardaría bien de proclamarme independiente; y de hacerlo, sería después de haber devuelto los poderes que me hubiesen otorgado.

Es así que Salvatella ha venido diputado por la Conjunción, luego no debió hacer el elogio de Maura sin consultar á los compañeros que lo eligieron jefe de la minoría.

Es tan elemental esto, que no hay necesidad de razonarlo.

Los ferreristas de Barcelona

Aplaudimos con el mayor entusiasmo la iniciativa y la actitud de los jóvenes radicales de Barcelona.

Recogen el reto de la morralla maurista, y además de pedir que se conserve en Bruselas el monumento á Ferrer, piden á las corporaciones populares que se erija al fundador de la Escuela Moderna una estatua en el salón de San Juan frente al palacio de justicia. ¡Admirable

ideal! Ferrer tendrá allí una estatua. La tendrá cuando no quede polvo ni memoria de sus destructores.

En la Diputación provincial se lee una moción para subvencionar la estatua. Vótanla no solo radicales, sino reformistas y el Sr. Bastardas,

En el Ayuntamiento defienden un proyecto vago, tímido, á Ferrer y los demás fusilados, un concejal radical y un reformista. Las izquierdas se unirán contra Maura el día que el nefasto hombre de 1909 vuelva al poder. Deben unirse también para evitar el escándalo, la monstruosidad de que el fiscal de 1909 pueda ser presidente del Tribunal Supremo.

El alcalde de real orden, un señor insignificante, se negó por servilismo al poder central á dar lectura á la proposición. Mejor. Se han conocido así dos cosas: la ineptitud del alcalde de Barcelona y el empuje de los ferreristas. Contra el Sr. Prat de la Riba, muy superior al gobernador y al alcalde en su proceder, se ha desatado la jauría maurista. Quiere esa turba que se implante violenta, arbitrariamente lo que era esencia del proyecto de ley contra el terrorismo. Delictuoso alabar á Ferrer, ilícito confesar los crímenes de 1909, supone la chusma adinerada, plutocrática, sin Dios y sin patria, que su ídolo y señor volvería al poder.

Para conseguirlo no titubea el maurismo en calumniar al Ejército suponiéndole capaz de unirse á los requetés para impedir la apología de los gloriosos sucesos de 1909. Esa artimaña vil de los mauristas es más indigna que el pronunciamiento. Es, además, mentir á sabiendas.

Cuando dimitió el señor general Aznar la cartera de Guerra, ya inventaron los mauristas la patraña de que el Ejército se oponía á que el Congreso discutiera el proceso de Ferrer. Los hechos dismintieron esa especie: pero los mauristas persistieron constantemente en la menguada idea de abroquelarse tras el Ejército.

Los muy menguados sostuvieron que el Ejército se oponía al mitín ferrerista que se verificó en paz y en gracia de Dios en el teatro de la Gran Vía de Madrid.

Ahora recurren en Barcelona á las mismas punibles invenciones, lo que no evitará que se duelan todavía del gentil puntapié que asestó, con razón al maurismo, el digno, el bizarro general Burguete.

Esas tramas viles de los mauristas justifican todo lo que dijo en el Congreso Pablo Iglesias.

Ahora apelan á otro medio igualmente ruin: á la intervención del fiscal de la Audiencia de Barcelona para procesar á los diputados provinciales que firmaron la proposi-

ción discutida y votada. No creemos semejante cosa. Es otra paparrucha, otro cuento inverosímil.

¿No se propone en Sevilla que se vaya á Bruselas con la necia petición de derribar el monumento á Ferrer? Con el mismo derecho, con mayor derecho, se pide en Barcelona y en Cartagena homenajes á Ferrer.

¿Qué es un condenado con arreglo á las leyes y por Tribunales competentes? De mártires así sentenciados y ejecutados están llenos, con sus nombres gloriosos, los mármoles que adornan el salón de sesiones del Congreso.

Vosotros lo habéis querido, idiotas mauristas. Queréis elevar á vuestro Maura sobre los detritus del monumento á Ferrer y habéis conseguido lo contrario de lo que os proponíais. ¡Cuidado si sois brutos! ¿Y queréis volver á gobernar? La campaña que hacéis contra Ferrer demuestra que sois incorregibles, que aún en contra de vuestros propósitos, hacéis en el Gobierno las botaratadas, las atrocidades y las infamias que ya el tiempo iba borrando en el recuerdo de las gentes.

Y ahora, jóvenes barceloneses, á elevar en el cementerio civil por suscripción pública decorosos mausoleos á los fusilados en 1909. Hay que completar esta idea ya iniciada aquí, pero que á vosotros os corresponde dirigir con una gran manifestación pública que se realizará el 13 de Octubre próximo.

El País

El cadáver insepulto

Mal muerto y mal enterrado por mano torpe y cruel, ¿á qué extrañar la presencia del cadáver de Ferrer?

Periódicamente surge; año tras año se ve el espectro redivivo, más trágico cada vez.

Se agranda más cada día de los tiempos á través, el átomo se agiganta, monte es ya la pequeñez;

ha aparecido una cumbre en un rojo amanecer, y hay palmas ya de martirio y hay coronas de laurel.

¡La Historia premia y castiga! Y si preguntáis por qué, quizá la Historia enmudezca, no sabiendo responder.

Pero el hecho es ese. El hecho es que la sombra está en pie y más rígida que el tronco rectilíneo de un ciprés.

Tierra pide ese cadáver y no hay tierra para él, porque solapadamente el sepulcro abierto fué.

Se disipan las tormentas;

las tempestades se ven formarse, estallar, rugir y, al fin, desaparecer.

Pero á un muerto que no muere, y algunos sabrán por qué, ¿no hay quién lo entierre, aunque engañ que fusilarlo otra vez!

FIGARITO

El Socialista.

EL SIMBOLO

Sobra la oportunidad

Ahora que se aproxima el quinto aniversario de la semana sangrienta, cuando no hay sucesos ni asuntos de interés palpitante, ha surgido la oportuna idea de resucitar el proceso Ferrer. ¿Creerán los audaces promovedores de esa campaña que se trata de un tema de Ateneo, de una discusión académica sobre cosa tan acabada como las dinastías egipcias? Pues ya están en Barcelona recorriendo las calles pelotones de la Guardia civil, los radicales exaltados tocando á rebato, el Ayuntamiento poco menos que en estado de sitio. Y todo ello, ¿por qué?

Naturalmente, hay un interés político por medio. Ese monumento á Ferrer, que los mauristas quisieran ver por tierra, es testimonio perdurable de un error cometido por personas que presencian en vida el juicio de la Historia. Reconocemos que es muy duro para los responsables de aquellos terribles episodios y de sus consecuencias ver perpetuada en piedra la glorificación de lo que juzgaron indigno de piedad á la hora de castigarlo con la última pena. Es lógico que se aleen contra el fallo, y mucho más lógico todavía que no lo comprendan. Si entonces obraron con arreglo á conciencia y respetando la ley, ¿cómo van á explicarse el rasgo de Bruselas? La ley y la conciencia seguirán diciéndoles que tenían razón, y que los extranjeros hacen muy mal en juzgar hombres y cosas que desconocen. Además, la distinta sensibilidad publica dentro y fuera de España y la lenidad de nuestras costumbres contribuyen á que les parezca posible todavía la rehabilitación. La intentan como pueden; pero, á nuestro juicio, muy inoportunamente.

Lo que simboliza la estatua de Ferrer en Bruselas no podemos borrarla los españoles por mucho que nos desagrade. Ya no es Ferrer—si lo fuera, no tendría sentido, porque su figura está muy lejos de merecer la inmortalidad;—es la interpretación universal de los sucesos de 1909, en cuyo centro no han querido los síndicos de Bruselas colocar más que la imagen legendaria de una víctima. Es ya leyenda, sí; leyenda que constituye nueva desgracia para

los desafortunados gobernantes de 1909; pero que no puede desvanecerse con peticiones interesadas. Más fácil sería derribar la estatua de Ferrer y la leyenda que contribuyó á erigirla, con actos que significaran comprensión, rectificación. Pero obstinarse en revisar idealmente el proceso Ferrer para terminarlo de la misma manera, es reforzar el concepto que de nuestra raza tiene Flandes, país predispuesto, por razones históricas, á presentarnos como imagen de la intolerancia.

Nadie gana en la lucha. La personalidad de Ferrer, con estatuas y sin ellas, está ya reducida á su verdadero contorno. ¡Cuántos monumentos hay en España y en otras partes levantados para perpetuar el triunfo de la nulidad y la incompetencia! Pero si el intento de suprimir el de Bruselas trae, por natural reacción, el de erigir otro en Barcelona; si se plantea este asunto como cuestión política, volverá á responder en las calles el instinto popular. Los años transcurridos son muy pocos; republicanos, socialistas y radicales encontrarán de nuevo un punto de coincidencia y al mismo tiempo algo menos ilusorio que la revolución para base de sus propagandas. ¿Es que les conviene presentar ahora el recurso? ¿Es que esperan ganarlo los mauristas en Bruselas y en Barcelona? Su equivocación está bien patente. Ya que no pierdan las esperanzas en el porvenir, aun siendo en porvenir remoto, deben convenirse de que el momento no es el más oportuno. Por mucho que hoy intenten, sólo conseguirán acumular rayos de luz sobre una cabeza que nadie hubiera juzgado digna de la aureola.

El Imparcial.

Lo uno, no quita lo otro

Párrafo sustancioso de un artículo publicado hace días por *España Nueva*:

«Mil veces hemos dicho que á los conservadores hay que combatirlos tanto por inmorales como por crueles. Jamás, como en las épocas de su dominación, se ha visto más patente el imperio de «Su Majestad el Negocio» en la actuación gubernativa y en la parlamentaria. Conservadores fueron los negocios del estampillado, de la Vasco-Castellana, de los postes telegráficos, de las aguas del Segura, de la hojalata, de Torremolinos, de la Cooperativa eléctrica, de la subvención á la Trasatlántica, de las indemnizaciones por bienes desamortizados á las Comunidades religiosas; negocios con servadores son las concesiones á

Ríos y Torres, la rebaja de los azúcares, el monopolio de la sal, el aumento de la circulación fiduciaria, la construcción de la nueva escuadra, la subvención á la Exposición de Barcelona, el proyecto sobre suspensión de pagos de las Empresas ferroviarias y el, en preparación, de las aguas de Dos Ríos.»

Me parece perfectísimamente que se combata á los conservadores por lo de Ferrer, pero sin olvidarnos de hacerlo también lo que se dice en el párrafo copiado.

Lo de Ferrer fué en ellos accidental... relativamente, pues ya habían muestras de sus aficiones á la sangre en Jumilla, Infesto, Salamanca, Osera, etc., etc. Pero lo que en ese párrafo se apunta, es lo permanente.

Bueno es no olvidar lo uno, mas tampoco lo otro, ya que no tiene el diablo por donde desecharlos.

La lucha entre la Religión y la Libertad

Conferencia de Pey Ordeix
en Sueca.

Sobre este tema versó la conferencia dada el viernes en el teatro Serrano de Sueca por Pey Ordeix, ante un público ávido de aprender los conceptos que iban brotando de labios del orador.

La descripción del acto gastaría el espacio necesario para dar idea del discurso, que á partir de los altos principios filosóficos descendía á los ejemplos prácticos en que encarnan y se concrecionan, para hacer asequible al público menos ilustrado, aquellas supremas concepciones.

El discurso cargó sobre la base de la definición de la religión, «culto de lo desconocido». Verifícase ese culto en lo intelectual en forma de ansia de la verdad absoluta, de donde parten las teorías teológicas. En lo moral, verifícase con el ansia del bien infinito, de donde proceden las teorías morales. En lo estético, nace el culto aquel del ansia de la belleza perfecta, de donde arrancan la poesía y las artes religiosas y el culto externo con sus pompas y ceremonias.

Pero el fundamento inicial y radical es lo «desconocido»; y como quiera que este Desconocido cambia de límites á cada paso que da la ciencia, de ahí que el recto sentimiento religioso natural, de ansia instintiva de Verdad, de Bien y de Belleza, ha de cambiar constantemente de forma y ha de sufrir la continua evolución.

Todas las religiones se dicen apoyadas en tales bases, principios é instintos: mas contra este dictado racional del humano espíritu, las religiones se reniegan á sí mismas y apostatan de aquel principio tan

pronto como establecen el «dogma» y fijan los límites de lo «religioso», que ellas llaman «sobrenatural» por parecerles á ellas fuera del alcance de la razón.

De ahí surge el primer conflicto entre la religiosidad aquella del humano espíritu y la Iglesia respectiva que pretende representarla. A la Iglesia que en el Dogma dice: «No más allá, esto está ya conocido y visto, todo cuanto contra ello se afirme, es falso», la conciencia religiosa y la ciencia responden: hay que verlo. Y siguen estudiando, y avanzan, y fácilmente descubren la falsedad del Dogma, y detrás de la falsedad, el objeto industrial y mercantil del llamado sacerdocio, y detrás de ese industrialismo y de esa mentira descubre la codicia, la soberbia y la iniquidad sacerdotal.

La conciencia aquella ansiosa de Verdad, de Bien y de Belleza, encuentra en el sacerdocio la monstruosidad de sus concepciones, lo inmoral de sus prácticas, lo insustancial de sus teorías, y falla con esta conclusión: «la religión es santa y la Iglesia es perversa».

En vano el sacerdote llama hereje al que le contradice. En la lucha que se entabla, si la fuerza está del lado del sacerdote, vendrá la hoguera de la Inquisición y con ella dejará probada la Iglesia la «verdad» de su doctrina: «el hereje es un falsario». Tal ocurrió en España. Si la fuerza se pone del lado del hereje, el pueblo falla en sentido contrario diciendo: «La Iglesia es la gran Ramera del Apocalipsis». Tal ocarrió en Alemania.

El sacerdote llama impío al hereje, el hereje llama impío al sacerdote, y venida á este término la refriega, ya no se trata de Verdad, de Bien ni de Belleza, sino de fuerza bruta, de astucia y de éxito.

Así está la lucha hace siglos.

Para arrancar la humanidad de ese pugilato de odios entre el hombre religioso llamado hereje por la Iglesia, y entre el sacerdocio acusado de impío por el hereje; para calmar las furiosas pasiones y destruir las acciones, la «ciencia» hubo de sustraerse á unos y á otros, someténdolos á todos al castigo de la duda y del desprecio, y estableciendo el «escepticismo científico» que adora lo conocido, afirmándolo é imponiéndolo con la demostración: y adora lo «desconocido» con el respeto y admiración de lo que resta por averiguar, y condena como falsarias todas las religiones históricas, y acusa de impostores y de mercaderes á todos los sacerdocios que piden primeramente al hombre la fe, con la especiosidad de sus fantasías poéticas y de sus inextricables filosofías, para que, una vez el cate-

cúmeno se rinde y acepta la fe, decirle luego:

—¿Crees en mí? Pues... paga: manténme. Todo lo tuyo es mío; mas nada de lo mío es tuyo... Paga: tu fe es mi negocio.

Tal se halla al presente el estado social religioso. A él viene el niño y en él nace el individuo, viéndose tentado por las dos voces contrarias de la Iglesia que le dice: «créeme... y págame»; y de la ciencia que le aconseja: «no seas imbécil».

Mas la Iglesia no es sólo el clero: su voz llega al individuo por labios de la madre, de la novia, del amo, del Estado, del atavismo, de la superstición ambiente, que dicen al individuo: «cree á la Iglesia y págale... si quieres nuestra protección, de la cual vives». Y he aquí el individuo emplazado dentro del dilema: «si creo... me quitan la bolsa; si no creo me quitan el pellejo».

Ahí tenéis el conflicto de la «libertad» y de la «religión» para el individuo. Si en su organismo predomina el sentido de la conciencia, de la dignidad, de la sinceridad y de la honradez, exclama resueltamente: «no creo». Y ya está el odio de la Iglesia, que comienza en la discordia de la familia y puede acabar en Montjuich.

Si es más fuerte que la conciencia el estómago... entonces dice: «quiero comer; la fe es mi comida; venga la fe...»; y ahí tenéis al devoto por fuera: el devoto de su negocio: el cofrade y el congregante.

Por dentro... no ahondéis: el que más reza por fuera suele ser el que menos cree por dentro. Se maldice á sí mismo; se burla de sí mismo. Al grito de la conciencia que le acusa de indigno, responde con grosero regüeldo el estómago satisfecho. París bien vale una misa.

Esta es la religiosidad predominante, la hipocresía inmoral y desmoralizadora. ¿Dónde está aquella primitiva religión? Se ha evaporado en estas máximas eclesiásticas: «El hombre no necesita más Verdad que mis cuentos tártaros; no necesita más Bien que el que yo le enseño para provecho del sacerdocio; no tiene derecho á más Belleza que la de mis autos de fe.»

Para imponer esta tiranía, se disfrazaba con el hábito de la devoción y recurre á la fuerza bruta del Estado, que es en España el majo de la Iglesia.

Esta es, en muy reducida síntesis, la conferencia que durante hora y media desarrolló, con admirable método, sencilla elocuencia y profundos conceptos el ilustre escritor anticlerical.

El público, que llenaba el espacio local, mostró su admiración me-

diente repetidas ovaciones que al final se reprodujeron con calor extraordinario.

El Sr. Pey Ordeix regresó ayer á Valencia, vivamente agradecido á las atenciones que en Sueca recibió.

El Pueblo, Valencia

QUE SE ACLARE

Todo suicida me inspiró siempre compasión profunda. Pero si el que se quita la vida es joven y tiene alguna cultura, mi compasión se centuplica.

Y esto me ocurre hoy, al enterarme de que el cura párroco de Encinanes (Ávila) se ha ahorcado en el desván de su casa.

¿Qué drama habrá aquí? En todo suicidio lo hay: real ó imaginativo.

¿Pudiera decirme alguien las causas que han llevado á ese sacerdote á suicidarse en la flor de su vida y respetándole y queriéndole mucho sus feligreses?

Lo pregunto, para saber si inspiró su resolución alguna injusticia eclesiástica. No sería el primer sacerdote que se hubiera suicidado presto.

¡MALDITO EL QUE REEFIFICARE A JERICÓ!

Bajo las piedras de la Bastilla yace sepultado el antiguo régimen. Bajo las piedras humeantes de sangre y de fuego. Día terrible ha sido este. El estruendo, la violencia catastrófica, el gemido doloroso de las cosas que se han venido abajo, han sido infinitos. Hoy han caído muchos castillos y se han hecho polvo muchas fortalezas. Hoy se le ha despedazado el eje al mundo.

Abrid un ojo. Abrid el otro ojo. Y mirad. Y decid lo que veis en ese inmenso montón de ruinas. ¿No contestáis? Pues ya oficiaré yo de cicerone y mostraré á los que no las conozcan las curiosidades de este colossal museo arqueológico.

Venid para acá. ¿Veis ese monstruo formidable que está dando las boqueadas? Es el absolutismo. Brutalmente voraz era esta bestia. Hojeemos una historia. Cualquiera. Y leamos. La mesa de la familia de Luis XVI costaba al año á la nación 3.660,492 libras. En vino se gastaban en ella libras 300.000. Había empleados en el servicio de comer del rey, 383 oficiales de boca y 103 muchachos. En bujías gastaba matame Isabel 60.000 francos anuales; en pescado para su mesa, 30.000 francos; en carne, volatería y caza, 70.000.

Ancho y profundo como el ponto tenía el estómago la monarquía. Pero no le agradaba menos el boato y el lujo. El mismo historiador de antes nos lo cuenta. En las cuadras de Luis XVI había 1.857 caballos, 217 co-

ches, y 1.458 hombres para el servicio; en las de la reina, 75 coches y 330 caballos. Los perros del rey gastaban en manutención 53.412 libras por año. No había francés que no envidiara la condición de esos animales. Un dato más. Para servir un vaso de agua al rey se necesitaban cuatro personas. Otro. Para vaciar el orinal de Luis, había dos empleados que cobraban 20.000 libras cada uno al año.

Atrozmente lasciva y disoluta era también la bestia real.

No hablemos de las aventuras y de los torneos amorosos de Francisco I, aquel rey galantuomo que murió de un sífilazo.

No hablemos de los efebos y de los maricones que fingían que se derretían de amor al calor de los besos infames de los labios pintados de aquel esteta de Enrique III. No hablemos de las innumerables queridas de Luis XIV. Pero hagamos una pequeña excepción con el Bien Amado y Juana Becu.

¡Oh, aquellas borracheras, aquellas orgías en que la Du Barry rompía á patadas los espejos de los salones del palacio de Luciennes, y en que le decía á Luis XV, cuando éste le reprendía sus desvergüenzas y la villanía de su lenguaje de vendedora de las «Halles»: «¡Vete á hacer piruetas!»

¡Oh, aquellos caprichos inverosímiles de la regia y espléndida favorita, cuando decía que to lo el mundo se había de considerar muy honrado con que ella le diese sus gargajos á beber; cuando se pasaba el tiempo charlando con su cotorra y acariciando al negro Zamora, y cuando al levantarse de la cama, y estando en camisa, se hacía presentar las zapatillas por el nuncio del Papa!

¡Monarquía, monstruo feroz, bestia de lujo, de lujuria y de cieno, bien estás agonizando bajo las piedras negras, lúgubres, de las ruinas de la Bastilla!

Pero, chitón. ¿Oís esos horrendos bramidos enloquecedores? ¿Oís esas lamentaciones laceradoras? Es que la aristocracia está luchando con la muerte bajo los escombros de la torre del Sur. La aristocracia. Ya conocéis á esa fiera implacable.

La aristocracia era el censo, el laudemio, el diezmo, la tasa, la corvea, el terraje, el bordelaje, la mano muerta, los derechos de «blairie» y de «banvin», el espolio de forzada, las infinitas servidumbres de la ominosa Edad feudal.

La aristocracia, además de la tiranía es la dilapidación. En una sola sesión de juego, pierde cierto día el duque de Chartres 8.000 luises. Otra vez, en una noche, le ganan al marqués de Chenonceaux 700.000 francos. El mariscal de Boufflers dicen que cada comida destapaba 50 doce-

nas de botellas de vino de distintas marcas. El mariscal de Richelieu le da un día á su nieto, ya mozo, una bolsa de dinero para que lo gaste; como el chico se la devuelve casi llena porque no ha sabido en qué invertir tan crecida suma, el mariscal coge la bolsa y la tira por la ventana. La aristocracia es también el egoísmo y la dureza.

Habiendo preguntado un diputado del «Tiers» en la asamblea de los Estados de Bretaña á los nobles que habían votado una crecida cantidad para fundar una Academia militar en que poder educar á sus hijos, donde enviaría los suyos el pueblo, contestó el marqués de Tremargat: «al hospital».

Esa aristocracia expoliadora y rapaz hace pensar en la famosa sentencia de Chamfort: «La nobleza, — dicen los nobles, — es la intermediaria entre el rey y el pueblo. Sí, como el perro de caza lo es entre el cazador y la liebre».

Bien, bien está la aristocracia enterrada entre las piedras humeantes de la Bastilla.

Otro dragón aparece aún con la cabeza aplastada entre los restos de la fortaleza secular. Es la Iglesia inquisidora, es el catolicismo bárbaro de Francia.

¿No caéis en la cuenta? Acordáos de la matanza de Vassy y del fanatismo sanguinario de los Guisas; acordáos de la de San Bartolomé y del asesinato de Ramus y de Coligny; acordáos de los «Camisards»; acordáos de aquella carta en que Pío V exhortaba á Carlos IX á que arrancara de su reino las últimas raíces de la heregía; acordáos de las medallas conmemorativas del exterminio de los hugonotes que mandó acuñar Gregorio XIII haciéndoles poner esta leyenda: *Hugonotorum strages*; acordáos de las palabras grandilocuentes y magníficas con que Bosuett felicitó á Luis XIV por la revocación del edicto de Nantes; acordáos de la bula *Unigenitus* y de las persecuciones sufridas por los jansenistas; acordáos de Calas y del caballero de la Barre; acordáos, en fin, de las cartas de Voltaire á D'Alembert. ¿Entendéis ahora? Pues también el despotismo papal está bien debajo de la montaña de tus iras, pueblo.

El absolutismo, la aristocracia, la Iglesia. He ahí el perro de tres cabezas que extranguló París el 14 de Julio de 1789. La Bastilla. He ahí la JERICÓ feudal que cayó al son de las trompetas populares. Debajo de sus ruinas, debajo de los sillares de la tétrica prisión, debajo de los escombros de la ciudad maldita ha quedado sepultado el viejo mundo, el antiguo régimen. Piedra entre piedras.

Es imposible que los muertos resuciten. Es imposible que el absolu-

tismo, la nobleza y la Iglesia vuelvan á oprimirnos. Es imposible que la Bastilla aterrorice más á la humanidad pensadora. Pero si algún día las potestades civiles ó religiosas taatasen de recoger, para intimidarnos, las moléculas dispersas de la fortaleza derruida en 1789, lancémosles el anatema bíblico que enca-beza estas líneas:

¡Maldito el que redificare á Jericó!
ANGEL SAMBLANCAT

Los marranos de siempre

Más claro: los clericales.

Han insultado, por lo visto, á Pey Ordeix en cuanto llegó á Valencia.

No sé lo que le han dicho, porque yo no leo papeles letrinescos; pero lo deduzco de estas dos contestaciones de Pey que inserta *El Pueblo*, la primera en el número del día 16 y la segunda en el del 17:

SEÑOR CARDENAL ARZOBISPO:

Me ha sido leído un suelto impreso hoy en el *Diario de Valencia*, referente á mi persona, á mi matrimonio, á mi hogar y á mi honor profesional.

Según dice el citado diario, es católico y por tanto sometido al censor; como la censura está sometida á la autoridad del Prelado, de sus mandatos é inspiraciones se hace suponer movida la redacción.

Me basta conocer el talento y discreta finura de su espíritu, para suponerle ignorante del suelto, sorprendido de su tono y gravemente contrariado por la forma provocativa en que insinúa el intento de reproducir en Valencia, entre la prensa del Prelado y la mía, el choque violento que se produjo antaño en Barcelona con Morgades, cuyo nombre evocan con maquiavélica astucia y con farisaica veneración.

Ciertamente, Sr. Cardenal, tales amigos son poco envidiables.

El insulto es de la índole de aquellos que reclaman la réplica adecuada por parte del ofendido; y por lo mismo que viene anónimo, la responsabilidad carga sobre la Prelatura, editora natural responsable de los católicos que obran como tales.

En mérito de lo dicho denuncio á su autoridad aquel suelto para que no pueda alegarse ignorancia; y si S. E. no impusiera el debido correctivo al autor, y al diario la pública reparación del agravio en términos satisfactorios, me habré de dar por notificado de que su eminencia sanciona, aprueba lo hecho y asume la responsabilidad consiguiente ante mi conciencia (juez inmediato de todos los actos ajenos que conmigo

se relacionan) y ante la consideración pública, desde la cual se me provea.

Si tal ocurriese, correspóndeme dejar este testimonio de respeto con la persona de su eminencia, que en manera alguna impedirá el respeto que debo tenerme á mí mismo, y con todos los cuales se suscribe su atento y afectísimo,

S. PEY ORDEIX

AL VICARIO GENERAL S. P. DEL ARZOBISPADO

Denuncio á su autoridad, como vicegerente del cardenal arzobispo, para que se lo transmita á S. E. el suelto «Nos lo figurábamos», publicado en el número de *Diario de Valencia* de ayer, á fin de que el Prelado no pueda alegar ignorancia y le cargue la responsabilidad consiguiendo á la sanción del suelto con el silencio, ó para que imponga el debido correctivo al autor y censor del *Diario*.

Indudablemente en el suelto ha mediado la mano de un provisor ó legista, posiblemente de esa misma vicaría, pues se insinúan noticias que sólo los primates conocen.

Sin embargo de ser una difuminación de los agresivos conceptos de otro suelto anterior, habilidosamente sostiene injurias y falsedades y me provoca á las siguientes cuestiones:

1.^a Cómo desde la cumbre de la Iglesia descendí á redactor de EL MOTIN, en tanto que Guisasola ascendía de canónigo de Santiago á Cardenal. Misterios del ascenso y del descenso.

2.^a Cómo hay personas capaces de salir de la Iglesia sin una peseta, y cómo otras se cargan de millones, por lo cual, aquéllos necesitan trabajar para comer, y éstos necesitan comer para trabajar algún órgano.

3.^a Cómo la cuestión de mi matrimonio es una muela que duele bastante al Estado español y que aún le dolerá más.

4.^a Cómo el arzobispo de Valencia fué amparador de la dispensa para mi matrimonio.

5.^a Cómo el legista, autor del suelto, ignora que la ley del «Estatuto Personal» tiene una trampa, y cómo yo sabré aprovecharla cuando me convenga.

6.^a Cómo el individuo que sale de España para casarse legalmente en Francia, es cien codos más eminente que el blasfemo en la misa de la mujer á quien ha prostituido durante la noche, y mil codos más digno que el «que se come los hijos» ó los da á ser comidos del hospicio, con pretexto de no estar autorizado para reconocerlos, habiéndose él autorizado para hacerlos, contrahacerlos y deshacerlos.

Tal es el programa inicial de las

cuestiones que con sus insolentes é indecentes escritos me plantea en público el nuevo suelto del *Diario*, y que de no rectificarse con la entereza que la seriedad reclaman en el término de ocho días—bastantes para que el Cardenal se entere y provea—, procederé á ventilar desde esta columna y... á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

Crea el señor Vicario que no sabe lo que se vicariza al inspirar ó consentir tales provocaciones; y esté seguro de que han prestado un flaco y desdichado servicio á Su Señor, ante quien tengo acreditados el respeto debido á las personas y á sus cargos, al par que la energía en rebatir y castigar con toda dureza los agravios que se infieren á los míos.

Entérese el Vicario y entere al Cardenal, para poderle decir, si después alguien se llevase las manos á la cabeza:

«Scienti et consentienti non fit injuria», que en castellano se traduce:

Fraile mostén,
tú lo quisiste,
tú te lo tén.

S. PEY ORDEIX

Como se ve, van bien servidos los marranos esos.

Apesar de todo, creo que todavía el tratarlos como los trata Pey, es echarles margaritas.

¿Razones á los clericales? No se consigue nada. ¡Si gruñen hasta cuando comen bellotas y se revuelcan en el fango!

Al clerical, palo seco y salivazo, como á la cucaracha basura y al escarabajo mierda. Viven de esto, en esto, por esto, y para esto.

Medida acertada

La Congregación de Ritos ha dado un decreto prohibiendo el uso de la luz eléctrica en los altares y en las escalinatas que preceden á estos en los templos, así como ante las imágenes ó estatuas inmediatas á los mismos altares ó cerca del Santísimo Sacramento ó reliquias de los Santos.

Muy bien pensado. La penumbra favorece el misterio y disimula la suciedad.

El P. Miguel Mir

y
SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico
de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 206 páginas
UNA peseta.

La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas.
José Nakens

EL MOTÍN



Puesto que el agua de Lourdes no os ha curado el reuma, creo que debéis de ensayar cuatro ó cinco docenas de misas de las de á cinco pesetas.

UN TROZO DE HISTORIA

7 de Julio de 1822

Los absolutistas habían llegado al desenfreno. La impunidad relativa de que gozaban, los alientos que recibían de Fernando VII, la simpatía con que eran mirados por la mayor parte de la masa popular—la verdad ante todo—, desarrollaron las facciones y las sediciones de tal manera y en tal grado que las tropas leales a la Constitución eran insuficientes para reducir a los revoltosos. Los facciosos habían llegado a instaurar un gobierno en la Seo de Urgell. Verdad que todas las potencias de Europa eran hostiles al régimen constitucional, y el embajador de Francia en España no se recataba para trabajar aquí abiertamente por la restauración del régimen de gobierno absoluto.

En Madrid la situación era gravísima. Guardaban la plaza seis batallones de la guardia Real, un escuadrón de Almansa, parte de otro del Príncipe y fuez del regimiento infantería de Infante D. Carlos. De los seis batallones se sabía que eran adversos resueltamente a la Constitución, y no se tenía confianza absoluta en las demás fuerzas del Ejército, siquiera después los hechos desmintiesen esta duda. Incondicionalmente y con plena confianza no se contaba más que con la Milicia Nacional, entonces voluntaria, compuesta de tres batallones y un escuadrón.

Para colmo de males las Cortes cerraban la legislatura el 30 de Junio, quedando un Gobierno de escaso arraigo en la opinión liberal y de bien poca entereza, tal vez porque los hombres que le componían creyeran que las suavidades y complacencias iban a hacer de Fernando VII un rey pusionoroso.

En Palacio se conspiraba, y aunque no se conocen bien todos los detalles ni el papel de cada personaje, se sabe que en líneas generales el plan de la conspiración era el siguiente: Los batallones de la guardia Real francos de servicio en Palacio deberían salir al Pardo en son de rebeldía, mientras que los de servicio se cuartaban a los ministros, no dejándoles salir de Palacio, donde entonces estaban todos los despachos. Después los batallones retirados al Pardo caerían sobre Madrid al propio tiempo que se promovían tumultos en los barrios de Maravillas y las Vistillas ganados por completo a los «serviles». Las fuerzas leales no podrían resistir a esta doble acción ni a la falta de gobierno, y se derogaría la Constitución de 1812.

Este plan sufrió una modificación no desatinada, que Fernando VII, enemigo de dar la cara, no aceptó. Sublevados los batallones, secuestrados los ministros, el rey saldría disfrazado de Palacio por la cuesta de la Vega y carretera de Extremadura cercado la Casa de Campo hasta el Pardo, y ya entre los batallones de la guardia, firmaría el decreto echando abajo la Constitución.

Aun rechazada esta novedad, tan cierto se consideraba el éxito feliz del plan, que la alegría desbordaba en Palacio, tanto que al decir de un festivo «los cortesanos se abrazaban unos a otros y aún a las mismas camaristas».

Aquella tensión no podía durar, y sobrevino la crisis, que duró desde el 30 de

Junio al 7 de Julio, saliendo de ella victorioso el régimen liberal, gracias al valor de la Milicia, a la lealtad de las fuerzas del Ejército y a la energía y acierto del Ayuntamiento de Madrid, que sin vacilar, tomó el Poder, salvando así la Revolución, exactamente como el Municipio de París salvó la Revolución del 89.

Se inició la sublevación de la Guardia Real y por ende el secuestro de los ministros el 30 de Junio, momentos después de la solemne clausura de las Cortes. Apenas entrara Fernando VII en Palacio, cuando los batallones de parada prorrumpieron en vivas al rey absoluto, al rey neto, que fueron contestados por la Milicia con vivas a la Constitución y al rey constitucional.

Se produjo un gran tumulto, del que salió mal herido un miliciano y muerto el teniente coronel de la Guardia D. Modesto Landáburu, que con heroica bizarría increpó a los sediciosos y trató de castigarlos.

Más sangre hubiese corrido sin la intervención del alcalde y de los diez regidores de Madrid que acompañaban al monarca. Procuraron calmar al pueblo prometiéndole justicia, retiraron la Milicia, e inmediatamente se trasladaron al Ayuntamiento para convocar con urgencia a sesión extraordinaria.

A las seis de la tarde estaba ya reunido el Concejo en pleno, con presencia del jefe político (gobernador civil) y del comandante general del distrito. Inmediatamente se tocó general a y se o upó militarmente la calle Mayor. Después se municionó a los milicianos, se ordenó cerrar las puertas y portillos de la villa y se aprobó una severa moción al rey y al gobierno pidiendo el destierro de los revoltosos, sin perjuicio del castigo que mereciesen.

Asimismo se ordenó a los alcaldes de barrio que sin pérdida de momento firmasen rondas de vecinos para el mantenimiento de la tranquilidad en las respectivas demarcaciones, y tras de incautarse de cuartas armas había en el Palacio para entregarlas a quien las pidiese, se levantó la sesión a las cuatro de la madrugada del 1.º de Julio.

A las diez de la mañana del mismo día volvió a reunirse el Concejo, declarándose en sesión permanente, sesión que duró hasta el día 8.

Se supo entonces que la compañía de granaderos encargada de montar la guardia del Príncipe se había insubordinado pidiendo que la música no tocase el Himno nacional (el Himno de Riego) sino la Marcha Real; que los cuatro batallones de la Guardia francos de servicio habían forzado las puertas de Madrid, retirándose al Campo de Marte (Plaza de Guardias), y que todos los retenes y guardias cubiertos por dicha fuerza habían sido abandonados.

Con elementos del ejército y de la milicia se cubrió los retenes y guardias, se recogió el armamento y municiones dejado por los sediciosos, y se pasó el día en idas y venidas a Palacio del comandante general Morillo para que la Guardia de pusiese su actitud y para pedir inútilmente al Gobierno rapidez y energía.

Fracasadas las tentativas conciliadoras, el Ayuntamiento se trasladó a la Casa Panadería de la Plaza Mayor, sitio más seguro y de más fácil defensa en el caso de un presumible ataque.

A las seis y media de la mañana se supo que los cuatro batallones de la Guardia se habían trasladado al Pardo, habiendo

abandonado sus filas unos cuantos sargentos y oficiales, que se presentaron al Ayuntamiento.

Se acordó publicar una alocución al vecindario dándole cuenta de lo que ocurría; se ofreció a la Diputación Permanente y al gobierno los salones de la casa Panadería por considerar que los ministros ni estaban seguros en Palacio, ni tenían la libertad necesaria para proceder; se invitó a la Diputación Provincial a que se uniese al Concejo, y se votaron e hicieron efectivos 40.000 reales para ranchos con que sostener a la tropa, a la milicia y a los paisanos armados.

La Diputación Permanente y el gobierno no se excusaron de aceptar lo que se les ofrecía, y la Diputación Provincial sintió escrúpulos legales: sólo dos miembros de ella, saltando por todo, se unieron al Ayuntamiento, que desde aquel momento sabía que no podía contar más que consigo mismo. También se presentó al Concejo el brigadier Palarea, valeroso y humano guerrillero de la Independencia que estuvo en la plaza Mayor hasta el final de las históricas jornadas.

El día 3 una comisión de Concejales intentó entrar en Palacio para conminar enérgicamente al gobierno a que se trasladase a la Plaza Mayor; pero entonces la Guardia prohibió violentamente el paso a la Comisión, así como a todos los emisarios que se enviaron después.

El día 4, como no se podía tener sobre las armas a los menestrales porque perdían sus jornales, para abaratarlos se abrió una suscripción que en el acto y entre los Concejales produjo 6.720 reales, recaudándose en ese día y los dos siguientes en varias tiendas y por *El Espectador* hasta 38.842 reales, más 6.000 que donó el duque de Noblezas.

Los días 5 y 6 transcurrieron sin incidente considerable y al obscurecer de este último día la distribución de las fuerzas era como sigue:

El escuadrón de Almansa y el de la Milicia, con la infantería del Infante D. Carlos más la compañía de Granaderos de la Milicia, en el Parque de San Gil custodiándole y vigilando por aquel lado a los dos batallones de Guardias dueños de Palacio, en que continuaba secuestrado el Gobierno y también el gobernador y el secretario del Concejo de Estado Mandaba estas fuerzas el General Morillo, y en ellas figuraba el alférez D. Ramón M. Narváez.

En la plaza de Santo Domingo extendiéndose por la calle de San Bernardo hasta la de la Luna, con un cañón erigiendo la calle de la Bola, vigilando la Cuesta de Santo Domingo, y una avanzada por la calle del Arsenal, dos compañías de la Milicia, los sargentos y oficiales de la Guardia separados de los sediciosos y bastantes oficiales del Ejército, con destino en Madrid armados de fusiles. Mandaba estas fuerzas el coronel D. Evaristo San Miguel.

El Parque (Plaza del Dos de Mayo) estaba ocupado por el general Ballesteros con oficiales del Ejército armados de fusiles.

Una compañía en las obras del teatro Nuevo (el actual teatro Real), vigilando los batallones de Palacio; otra compañía en el Hospital General extendida por la calle de Atocha hasta Antón Martín, y otra a lo largo del Prado.

Quedaban para guarnecer la plaza Mayor y sus avenidas fuerzas de Milicianos, un destacamento de caballería del Príncipe, una partida de 40 hombres armados

y sostenidos por el diputado á Cortes señor Bertrán de Lis, algunos jefes y oficiales del Ejército armados de fusiles, más dos cañones. Por un rasgo de delicadeza los militares dieron el mando de esta fuerza al teniente coronel de Milicianos señor Amandi, asistiéndole el brigadier Palarea.

Una compañía de la Milicia ocupaba la casa Panadería; otra se extendía desde la Escalerilla de Piedra hasta Puerta Cerrada; dos con la partida de Bertrán de Lis, desde el Arco de la calle de Toledo hasta la plaza de la Cebada; tres desde el Arco de la calle de Atocha hasta Antón Martín; dos ocupaban la calle de la Sal y la embocadura de Boteros (hoy Felipe III); tres la calle de Boteros hasta San Ginés, por Coloreros; una el callejón del Infierno; dos desde la calle de la Amargura (7 de Julio), hasta la plaza de Herradores; dos desde la calle Nueva (Ciudad Rodrigo), hasta Santa María, vigilando las avenidas de Palacio, y otra compañía de Milicianos, la caballería y los dos cañones acampaban en el centro de la plaza para acudir donde fuese preciso.

A las dos y media de la madrugada del 7, las avanzadas de Puerta Cerrada detuvieron á un general conocidamente absolutista que en compañía de un alabardero se dirigía á Palacio, y un cuarto de hora más tarde era atacada por la guardia Real la plaza Mayor.

Los cuatro batallones insubordinados habían entrado en Madrid por los portillos de San Bernardino y Conde Duque, derribando á hachazos las puertas, y dirigiéndose en tres columnas hacia la Puerta del Sol, tiroteándose una de ellas á la altura de la calle de la Luna con las fuerzas de San Miguel.

Oído por los defensores de la plaza Mayor el clamoreo de los que se acercaban gritando ¡viva el rey absoluto!, se tocó llamada, se colocaron los dos cañones enfilando las calles de Boteros y Amargura, se replegaron las fuerzas, y el concejal y miliciano D. Pablo Iglesias—heroico y olvidado madrileño que tres años después fué ajusticiado en Madrid por liberal—dejó el salón de sesiones, ocupando su puesto en el combate.

El ataque fué casi simultáneo por las calles de Boteros y callejón del Infierno, de donde se rechazó á la guardia á la bayoneta.

Las fuerzas rechazadas y las que aún quedaban en la calle Mayor concentraron entonces el ataque en la calle de la Amargura, durando la lucha hasta las cuatro de la mañana, hora en que los asaltantes huían hacia la Puerta del Sol, perseguidos de los Milicianos. Ni habían podido tomar la plaza Mayor, que era su principal objetivo, ni siquiera unirse á sus compañeros de guardia en Palacio.

En aquellos momentos llegó el general Ballesteros, y mientras una columna seguía en la huida á los guardias por la calle Mayor, otra salía para bajar por la calle de Carretas, al objeto de encerrarlos y obligarlos á rendirse. Más que esta columna corrieron los fugitivos, que por la calle del Arenal y aun la de la Montera emprendieron la carrera hacia Palacio, hasta donde les siguieron las bayonetas de los milicianos.

A las ocho de la mañana la insurrección estaba tan vencida, que el Ayuntamiento pudo publicar una alocución cantando victoria.

Ya derrotados los guardias el rey pidió que cesara el derramamiento de sangre,

lo que se acordó, mas exigiendo que sin pérdida de momento salieran desterrados los batallones que guarnecían Palacio, que se castigase á los asesinos de Landáburu y que se desarmara á los sediciosos. Fernando VII estimó depreciables estas condiciones, pero el Ayuntamiento no cedió.

Resueltas las condiciones de capitulación, esperaban los milicianos que las fuerzas rebeldes rindiesen las armas, cuando rehecha, la guardia rompió de nuevo el fuego. Entonces se acometió á los que así violaban lo convenido, haciéndoles muchos prisioneros y quitándoles una bandera.

Había triunfado la causa de la libertad.

Después el Ayuntamiento celebró un *Te Deum* en acción de gracias; obsequió con un banquete cívico en el Prado á los milicianos; fuerzas leales y paisanos armados; dió á las calles de la Amargura y Boteros nombres que recordaran la hazaña de la Milicia, y conminó enérgicamente al rey para que «procediera de buena fe» y separase de su lado á los conspiradores, cuyos nombres se le indicaban.

Cayó el gobierno, Palarea fué nombrado gobernador de Madrid, y la villa mereció el honor de ser felicitada por muchos ayuntamientos. A los pocos días la Diputación Provincial de Toledo enviaba 2.000 reales para los milicianos menestrales y 13.347 la Milicia Nacional de Cádiz.

Los milicianos muertos en la jornada fueron tres, 41 los heridos—de los que sucumbieron dos—y 13 los contusos. A todos socorrió el Ayuntamiento, señalando pensiones á los que quedaron inútiles para el trabajo.

Tales fueron las jornadas gloriosas para el Ayuntamiento de Madrid que empezaron el 30 de junio y concluyeron el 8 de julio.

El anterior relato de cosas ya conocidas tiene el mérito de estar hecho no sobre libros, sino sobre los papeles que se custodian en el Archivo Municipal; esta circunstancia es la que nos mueve á publicarle.

EL ARRÁEZ MALTRAPILLO

UNO MÁS

Hay que agregar un nombre á la lista de los sacerdotes católicos que han tirado su sotana al cajón de la basura. El del profesor italiano, doctor Ferruccio Muttinelli. Ese sacerdote culto é ilustrado era capellán en Ficarolo.

He aquí cómo explicó en una carta á un amigo los motivos de su determinación:

«¿Qué han hecho del cristianismo en el Vaticano? Una mastodóntica ollada de predruscos teológicos, y una nauseabunda poción de fórmulas escolásticas.

El Vaticano no ama la luz ni la libertad; parece empeñarse en su descomposición. Los sacerdotes, si no se van casi todos, es por el motivo único de la imposibilidad económica y moral de rehacerse una posición en la sociedad. Por lo demás, sepa usted que el éxodo es numeroso: sólo en Milán hay más de 3.000 ex-sacerdotes salidos en estos últimos años de las diversas diócesis de Italia.

»Otra razón de mi separación es la inmoralidad poliédrica, deslumbrante por todas sus caras en la más refinada hipocresía. Para el Clero, generalmente, todo es Dios y todo es Iglesia, fuera de Dios y de la Iglesia. Como esculturamente le ha dicho el honorable Murri, ¿no ha llegado Pío X á excomulgar al propio Señor Dios?

»Si el Cristo-Dios volviese entre nosotros, sería recibido como un día fué recibido por el Sannedrín de de los judíos.»

*
**

La cuestión que formula el D. Muttinelli, es curiosa:

«Si Cristo volviese... ¿qué haría? ¿qué diría? ¿qué campaña sería la suya? ¿cómo acabaría?...

Ya no hay crucifixiones escandalosas, ni calvarios; ¿cómo acabarían con El? ¿Delatándole por perturbador? ¿Encerrándole en un manicomio? ¿En un calabozo? ¿Envenenándole?

Como se ve, el doctor Muttinelli no se muerde la lengua para dar su merecido á los colegas de quienes se separa por asco.

Revolución triunfante

Huerta, presidente de la República de Méjico, ha presentado la dimisión. El apoyo de los clericales no ha podido sostenerle por más tiempo en el poder.

Se ha embarcado para Europa con treinta millones de francos, producto de sus rapiñas desde que asesinó al desventurado Madero.

Y como para el crimen de asesinar para robar no hay extradición cuando se cubre con la careta política, el Huerta disfrutará tranquilamente esos millones en el punto donde le acomode residir, sin inquietarse cuando sepa que han ahorcado á otros asesinos y ladrones de menor cuantía.

Y cuando llegue el momento de emigrar de este planeta, como de Méjico ahora, confesará, comulgará, recibirá la bendición del Papa, y al cielo derecho, para demostrar que, aun cuando lo nieguen los demagogos y los impies, hay justicia humana y justicia divina.

Si no fuese por que me queda ya tan poco tiempo de estar por aquí, me haría hombre de orden y hombre religioso para ver si me aseguraba un porvenir decentito como el ladrón y asesino Huerta, así en la tierra como en el cielo.

EJEMPLO QUE IMITAR

Ha muerto en Barcelona D.^a Ana Galvis y Tudela, madre de mi que-

rido amigo Adolfo de Maglia, á la edad de noventa años. Nació en Játiva el 24 de Diciembre de 1823.

Fué buena, fué inteligente, y no tuvo otra religión que la de la familia. En su testamento figura este párrafo:

Que el entierro de su cadáver deberá verificarse civilmente, esto es, con exclusión de todo sacerdote, culto y emblema religioso, conforme á las ideas y convenimientos librepensadores que venía practicando la testadora, como protesta la más enérgica y ferviente contra todas las religiones positivas opuestas á la razón, á la verdad y á la justicia.

También dejó dispuesto que se la enterrase modestamente, y que lo que importara un funeral de primera clase, se repartiera entre los librepensadores necesitados. Su hijo me ha enviado cincuenta pesetas, de cuya inversión le he dado ya cuenta al mandar el pésame. Pésame que repito aquí á Maglia, uno de los hijos más amantes de su madre que he conocido.

Ante los ejemplos de cobardía de que dan muestras al morir muchos que presumieron de anticlericales, consuela y fortifica ver el que ha dado una señora que no flaqueó jamás en su convicción honrada.

Sigue el saqueo

Los tahoneros continúan tranquilamente robando en el peso del pan, y encima dándolo crudo, lo cual es robar por partida doble.

De seguro que ya se han resarcido de lo que se anexionaron hace un mes los modestos y tímidos niveladores sociales en una hora de buen sentido.

Indudablemente debe existir una Providencia que vela por los ladrones matriculados y enharinados, siempre que los alcaldes y los municipios no cumplen con su deber.

UN POCO DE LÓGICA

Leo en *La Vanguardia* de Barcelona, correspondiente al 11 del actual esta esquela mortuoria:

LA NIÑA RECIEN NACIDA
ha subido al Cielo en el día de ayer

Sus afligidos padres don Luis Janer y Servitja y doña Carmen de Cendra y Homs, abuelos, tíos, primos y demás parientes, participan á sus amigos y conocidos, tan dolorosa pérdida.

Respetando en lo que tiene de humano el dolor de esa dilatada familia, declaro que no comprendo la causa de la aflicción de sus individuos.

¿Saber que la niña ha subido al cielo, y manifestarse afligidos? Esto no tiene ni pizca de sentido común.

Comprendería que fuesen de casa en casa de sus amigos y conocidos dándoles regocijados la fausta noticia. Ahí es nada la ganga alcanzada por el angelito. ¡En el cielo, y por toda la eternidad! ¿Pero afligirse?... ¿Pero lamentarlo?...

Si una familia de esos impíos que saben que sus hijos no entrarían al morir en el cielo, aunque lo hubiera, se afligiese y desesperara en un caso parecido, explicación sobrada tendrían. ¡Pero una familia cristiana!

Una familia cristiana debería celebrar una gran fiesta cada vez que un hijo suyo ingresara en el cielo. ¿No festejan el aniversario de su nacimiento? ¿Y el día que hace la primera comunión? ¿Y cuando el niño saca premio en el convento de frailes donde les abren los ojos á la luz de la fe? ¿Y cuando termina la carrera?

¿Pues con cuanta más razón deberían hacerlo el día que deja este valle de lágrimas para sentar plaza de ángel en el cielo, sea en clase de cantor, sea en clase de músico?

¿No advierten que su dolor podría hacer sospechar á la malicia de que no creen que hay un cielo á donde van los niños que mueren?

Un poco de lógica, padres católicos, un poco de lógica.

Atropello criminal

En Murcia ha sido brutalmente apaleado un joven por un policía. Se teme que muera.

Comprobado el hecho, Egea, que así se llama el miserable, ha sido encarcelado.

La impunidad en que generalmente suelen quedar los atropellos que la policía comete, desarrollan en aquellos de sus individuos naturalmente malvados instintos de fiera.

Pero, vamos; por esta vez acaso la infamia no quede impune.

Por orden de la autoridad gubernativa parece que se instruye expediente contra todos los policías de Murcia con objeto de depurar los brutales atropellos que se cometen en los calabozos de la Inspección.

Se habla de verdaderas enormidades cometidas en ellos.

Allá veremos.

Los clericales

Sospechando que el Gobierno puede pensar en conceder al señor Altamira la cátedra de Estudios Hispano-Americanos que va á crearse en Sevilla, han inducido á la Liga de

Señoras para la Acción Católica, á que escriban una carta al presidente del Consejo de ministros, protestando de ese posible nombramiento y pidiéndole que no autorice la concesión de cátedra alguna á profesores que no sean hijos fieles de la Iglesia católica.

¡Pobres señoras! En quince años las meten sus esposos, distrayéndolas de sus habituales devociones y de sus visitas á los conventos!

Los frailes se lo agradezcan y se lo premien en la forma que acostumbra.

El Sectarismo Católico

en el Sanatorio de Tuberculosos

LA MUJER PUERTORRIQUEÑA PRETERIDA POR HERMANAS DE LA CARIDAD, QUE SON EXTRANJERAS.

Si no fuesen más que suficientes las razones en contra de la intromisión sectaria en el sanatorio para tuberculosos, que en otras ediciones de este semanario hemos presentado á la consideración de las personas que no están á favor de la neutralidad más absoluta en materia religiosa, (que es lo único que debe imperar en instituciones costeadas por suscripciones populares), debiera, á nuestro entender, ser poderosísima é incontestable la razón de que debe colocarse á las naturales del país, en vez de á las Hermanas de la Caridad, ya que afortunadamente contamos hoy con muy competentes paisanas dedicadas á la profesión de enfermeras, que indiscutiblemente tienen superiores condiciones para el desempeño de tan peligroso cargo, en mucho mayor grado que las conocidas y ya mencionadas Hermanas de la caridad, no examinadas, que sepamos, ni aprobadas para la profesión de enfermeras.

La mujer puertorriqueña tiene excepcionales condiciones para la asistencia de enfermos, así por su trato afable y delicado, como por su aprecio á las buenas costumbres y por su limpieza impecable.

La mujer puertorriqueña necesita luchar por la vida como las mujeres de otros países y se apresta poniéndose en condiciones para ello. Justo es, pues, que se le premie el esfuerzo, ayudándola cordialmente. Ella no trata de invadir el terreno de lucha del hombre: todo lo contrario, pues se dispone á mantener siempre su carácter de mujer, y se acoje á labores propias de su sexo. Por lo tanto, los puertorriqueños estamos en el deber de tenderle nuestro brazo, contribuyendo á que esos nobles ángeles de los hogares salgan cuanto antes del estrecho y rutinario círculo en que hasta aho-

ra han sufrido todas las pretericiones, en donde han visto obstaculizado su progreso, y en donde sus actividades sin empleo han solido enervarse. Ella quiere, puede y debe trabajar como un ser humano y no ser, en concepto alguno, menospreciada. No es posible que la mayor parte tenga limitado su horizonte á ser criadas, ó cocineras ó á trabajar como lavanderas en las orillas de los ríos bajo nuestro ardiente sol, ni á ser palilladoras de tabacos ó escogedoras de café. Preciso es que contribuyamos á que su condición mejore, y que se le abra campo para todo trabajo honroso en que pueda dignificar su condición.

¿Por qué razón se ha de permitir que dinero nuestro vaya á proteger industrias ó instituciones extranjeras?... ¿Acaso no son competentes las enfermeras puertorriqueñas? Lo procedente es proteger, en primer término, á nuestros coterráneos y á nuestras instituciones, cuando les abone la razón y la competencia, según el cargo. ¿Será posible que los señores de la Liga Antituberculosa de Ponce prefieran á extranjeras, Hermanas de la caridad, ineptas para enfermeras y sumamente peligrosa, por su poca higiene y por su intolerancia religiosa, preteriendo á sus paisanas las enfermeras, tituladas ó sin titular, cuando, por sus estudios y aptitudes y por sus trajes blancos, son una garantía para esos puestos?... Esperamos que la resolución de las dignísimas señoras que componen la Directiva será de acuerdo con su elevadísimo criterio y su sereno y ecuánime juicio. No creemos que, dejándose dominar por influencias sectarias, lleguen al extremo de favorecer á extranjeras, en mengua de nuestras mujeres nativas.

Y puesto que esas religiosas extranjeras tratan de ocupar empleos en el país, sometemos el caso al negociado de inmigración, para que se decida de una vez si esas mujeres extranjeras han de venir, apoyadas en el influjo de su extraño y anti-higiénico uniforme y en los signos externos de servidas de secta, para disminuir los medios de que las damas pobres de este país ganen un pan honroso en determinadas ocupaciones.

G. S. BELAYAL

San Juan de Puerto Rico.

En todas partes lo mismo. La Iglesia apoderándose de todos los organismos é instituciones que producen dinero y sumiendo en la miseria á los que no comulgan en ella.

Afortunadamente en todas las naciones, menos en España, hay voces que se oyen y plumas que se mueven condenando enérgicamente sus intrusiones.

EL SUSTITUTO

(CUENTO VIEJÍSIMO)

Aquel día andaba mal de cuerpo el ilustre Aquilino. Su madre, una pobre lavandera, no había tenido otro desayuno que darle más que unas judías que habían sobrado de la cena de la noche anterior.

¡Cualquiera se va con semejante lastre á desempeñar las importantísimas funciones anejas al cargo de monaguillo de una iglesia parroquial!

Parece que no, y el oficio requiere vastos conocimientos, aptitudes especiales. No es lo mismo limpiarle el polvo á San Juan Crisóstomo, que quitarle las telarañas á la Purísima Concepción.

No es lo mismo ayudar la misa al párroco, que la dice pausadamente, que acompañar al capellán de la de doce, que la despacha en un santiamén, como atraído por la mesa que le aguarda.

Un acólito es una especialidad como cualquier otra.

Pero aquel día, repito, el buen Aquilino no estaba á la altura de su misión. Las pícaras judías que fermentaban en su estómago lo traían á mal traer.

¡Cuántas visitas hizo aquella mañana al cuarto más pequeño y más oscuro de la iglesia!

Con decir que inutilizó media resma de carteles anunciadores de la novena de Santa Rita, está dicho todo.

Y esto, en los intervalos de misa á misa; porque, eso sí, el chiquillo era granuja, pero pundonoroso y esclavo de su deber. Apenas se revestía y se echaba al templo un capellán cualquiera, ya estaba él en la brecha, esto es, en el altar, en el ejercicio de su cargo.

Tocóle por desgracia ayudar la misa de once. El cura que la decía era lo más *latero* y pelma que se puede imaginar. En el *confiteor* empleó cinco minutos, en los *kiries* diez, y ya se engolfaba en el *cánon*, cuando Aquilino sintió violentos retortijones.

¿Qué hacer, gran Dios? Se aproximaba el momento más solemne de la misa. El deber profesional le retenía en las aras santas; pero aquel maldito estómago le llamaba á otra parte.

La idea de la deserción le asustaba. ¡Huir, como quien dice, frente al enemigo! Nunca. ¡Si encontrase quien le sustituyera! ¡Si hubiese por la iglesia alguno de esos monaguillos oficiosos que ayudaban á misa por amor al arte!

Pero, nada, ni uno; y corrió con la mirada todos los ámbitos del templo y no vió por allí ningún Cirineo bondadoso.

Unicamente allá en un banco vió á un chiquillo de su barrio, que en materia de misas no podía servir más que de testigo, pues no conocía ni por asomo el latín y apenas si vislumbraba el castellano.

No obstante, le llamó con una seña mostrándole un perro chico para mayor aliciente.

—Quédate aquí—le dijo en voz baja, —yo voy á...

Efectivamente; el muchacho se prestó á sustituirle: más hete aquí que á los pocos momentos el cura se vuelve solemnemente y exclama: *¡Dominus vobiscum!*

Y el muchacho, creyendo que le preguntaba por el fugitivo acólito, le respondió ingenuamente:

—Ahora viene, que ha ido á...

A lo que le había dicho su amigo.

El cura se quedó hecho una pieza, y á no haber sido por la solemnidad del acto, habría castigado la irreverencia.

Después, ya en la sacristía, reflexionó que todos somos pecadores, y que la sucia y despreciable materia tiene á lo mejor exigencias estemporáneas; por lo tanto perdonó á los dos chicos, pero encargó muy eficazmente al monago que en adelante se mirase un poco en lo de tratar con judías cuando tuviese que desempeñar obligaciones cristianas.

Y colorín colorado.

Mi paso por la Cárcel

(2.^a edición)

Precio: DOS pesetas.

José Nakens

"Milagros comentados"

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

A los suscriptores directos y á los corresponsales el 25 por 100 de rebaja.

Poesías festivas anticlericales

PRECIO: UNA PESETA

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanás)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

Una peseta

Leyendo Cánones

(CONTINUACIÓN)

salvajes gritos de lujuria que lanzaban al divisar sus futuras esposas; que cuando éstas tomaban tierra, se lanzaban ellos como fieras sobre ellas, sin reparar en si eran guapas ó feas, frescas ó maduras, porque el que cazaba una con ella se desposaba; mientras los que se quedaban solteros por no ir suficiente número de señoras, tenían que aguardar cinco ó seis meses á que llegara otra remesa...

Y al leer ahora ese cánón, ha venido involuntariamente á mi memoria el recuerdo de aquello que leí hará unos cincuenta años, y he supuesto la que se armaría en los monasterios al entrar una mujer, cuando los Concilios se veían obligados á imponer pena tan dura al Abad que lo permitiese.

El 40 «no permite á los Sacerdotes y Diáconos el cantar ó baylar en un banquete.»

Hoy no habría pretexto para dictar ese cánón. Los sacerdotes no aco-tumbran á bailar ni cantar en público. Si lo hiciesen, frecuentaría yo los bailes para admirarlos, sobre todo á aquellos que excediesen de diez ó doce arrobas de peso, ó se arrancasen por cante flamenco, que no deja de tener cierto parecido con el canto llano.

CONCILIO DE ROMA, año de 595.

El 2.º «mandó que para el servicio de la habitacion del Obispo bastasen Clérigos, ó tambien Monges escogidos, á fin de que tuviese testigos secretos de su vida, que pudiesen aprovecharse de sus exemplos.»

Ese cánón parece escrito en sentido irónico. Si todos los Concilios venían censurando las costumbres de los obispos, que no se distinguían ciertamente por su corrección, ¿de qué ejemplos iban á aprovecharse los clérigos que los sirvieran?

SIGLO VII

CONCILIO DE REIMS, *Remense*, año de 625.

11. «Se prohíbe, so pena de excomunion, el vender esclavos christianos á otras personas que no sean christianas.»

Habrán mis lectores oído decir muchas veces que la Iglesia redimió á los esclavos. Ese cánón demuestra que lo que hizo esta vez fué regular las condiciones del tráfico.

13. «Se prohíbe á los Obispos el vender ó enagenar por ningun con-

trato los esclavos y los demás bienes de la Iglesia, de que se mantienen los pobres.»

Aquí se confirma lo de que los obispos se dedicaban al trapicheo de seres humanos, al par que al de los bienes de la Iglesia; de manera que no se ve por parte alguna la cacareada redención.

CUARTO CONCILIO DE TOLEDO, *Toletanum*, año de 633.

El 42 «renueva la prohibicion tantas veces hecha á los Clérigos de tener en su casa mugeres extrañas.»

Aquí del cantar:

«Mi padre me da de palos por que quiero á un granadero, y al son de los palos digo: ¡viva la gorra de pelo!

Que era ni más ni menos lo que en los primeros siglos ocurría.

El Concilio prohibiendo, el clérigo reincidiendo, y las mujeres entrando cual pieza de contrabando en casa del reverendo.

El 43 «ordena á los Obispos, que pongan en penitencia á los Clérigos que han pecado con mugeres extrañas ó con sus criadas, y que vendan á estas mugeres en castigo de su delito.»

Y véase por dónde resultaba útil para alguien que los clérigos tuvieran en poco las prohibiciones de los Concilios: por escaso valor que alcanzase en venta cada pecadora, como eran muchas, se reuniría por este concepto una suma regular. Lo que ignoro es quién se aprovechaba de ella.

El 45 «dispone, que los Clérigos que hayan tomado ó tomasen las armas en alguna sedicion, sean depuestos y reclusos en un Monasterio para hacer allí penitencia.»

Si llega á regir ese cánón el siglo pasado, se llenan de curas trabucaires todos los monasterios de España, y eso que hay unos cuantos. Aun cuando lo más probable hubiera sido que entrasen ellos, los clérigos trabucaires, en el local donde estuvieran reunidos los Santos Padres del Concilio, y los arrojasen cristianamente por los balcones. Tantos fueron y tales humos tenían los Santacruz, Agramunt, Goiriena y demás carcundas tonsurados.

El 46 «determina, que el Clérigo que sea aprehendido robando sepulcros, sea expulsado del Clero y condenado á tres años de penitencia.»

Estos primitivos ladrones macabros, de seguro que, de vivir ahora, se opondrían á la secularización de cementerios que los librepensadores reclaman.

SÉPTIMO CONCILIO DE TOLEDO, año de 646.

El 1.º «declara por excomulgados por toda la vida á todos los Clérigos, sin exceptuar á los Obispos, y á todos los legos que hayan tomado partido en las revoluciones.»

Por no haber estado vigente este cánón pudieron ocupar buenas prebendas eclesiásticas los clérigos de todas categorías que guerrearon el siglo pasado en favor del carlismo. Llamo la atención sobre lo aficionados que fueron siempre los sacerdotes católicos á tomar parte en los jaleos y trifulcas de su tiempo, siempre que se prestaran á eliminar prójimos.

CONCILIO DE CHALONS DEL SONA, *Cabilonense*, año de 650.

El 7.º «prohíbe á los Obispos, á los Arcedianos, y á qualquier otra persona, tomen nada de los bienes de una Parroquia, de un Hospital, ó de un Monasterio despues de la muerte del Sacerdote, ó del Abad que tenía el gobierno de ellos.»

De este canon se deduce que lo mismo era cerrar el ojo un sacerdote que dejaba algo, se echaban como lobos hambrientos sobre ello los demás, no sé si por natural inclinación á apoderarse de lo ajeno, ó para demostrar prácticamente el desprecio que sentían hacia los bienes terrenales.

El 16 «renueva los Cánones contra la simonía, y pronuncia la pena de deposición contra todos los que se hagan ordenar por dinero.»

Benditos tiempos aquellos en que cada español llevaba en su bolsillo la llave que le abría las puertas del sacerdocio en el punto y hora que le diese la gana. Hoy, poco que mucho, tiene que estudiar algo todo aquel que aspire á que el barbero le pele la sagrada circunferencia.

NOVENO CONCILIO DE TOLEDO.

El 4.º «dice que si el Obispo tenía pocos bienes al tiempo de su ordenación, lo que haya adquirido despues de su promoción al Obispado, pertenecerá á la Iglesia.»

Deberíamos trabajar constantemente los españoles todos para que este cánón se restableciera y aplicase al pie de la letra, no sólo para evitar que los fieles se escandalizaran al ver las fortunas que dejan algunos obispos, sino para que la Iglesia entrase en posesión de lo que legítimamente le pertenece.

El 10 «expresa, que los hijos nacidos de los Eclesiásticos obligados al celibato por su estado, desde el Obispo hasta el Subdiácono, sean

(Continuará).

LOS JUDÍOS

POR

ROBERTO ROBERT

pruebas de su religiosidad, matando y saqueando las casas de los judíos.

¡Para que se vea la unidad de sentimientos y la pureza de la fe en aquellos tiempos!...

Dejádmelo repetir: ¡qué tiempos aquellos!

**

En la época á que nos referimos todavía se contaban en el reino de Castilla unos sesenta mil judíos entre grandes y chicos, y pagaban de tributo fijo cuatrocientos cincuenta mil maravedís.

**

Tan perversa era la indole de los judíos, que yo no sé cómo el pueblo no se exasperó con ellos haciendo alguna atrocidad. Sin duda el temor de Dios, que entonces daba gusto de ver, y el respeto á la justicia, que estaba en todo su esplendor en aquellos tiempos, contuvo en los más comedidos términos á la sencilla é inofensiva muchedumbre.

Digo que aquella raza era muy perversa, porque si alguna temporada no se obraba con ellos con un poco de cristiano rigor, se multiplicaba su número y aumentaban sus riquezas de un modo tan escandaloso, que por muchos tributos y gravámenes que necesitase imponer el Estado, ellos los sobrellevaban en gran parte; y si por los medios enumerados se les quitaba la vida y el dinero y se les privaba de ejercer industrias, se reducía su número y ni siquiera nos servían para ayudarnos á pagar las cargas públicas.

Otro pueblo menos religioso que el nuestro habría sido capaz hasta de darles de pescozones por picaros.

**

Numerosísimas noticias aprovechadas en este capítulo, reunidas en los curiosos *Estudios* que sobre los judíos de España publicó en 1848 el Sr. Amador de los Ríos.

Del citado libro copio la *Distribución hecha por el rabbi Jacob Aben-Núñez en 1474.*

Por ella verá el curioso cómo y en cuánto contribuyeron en aquel año las aljamas de la corona de Castilla.

Marcos

Las aljamas del obispado de Burgos 30,800
Las del de Calahorra 30,100

Suma y sigue. 60,900

Suma anterior.	60,900
Las del de Palencia	54,500
Las del de Osma	19,600
Las del de Sigüenza	15,500
Las del de Segovia	19,750
Las del de Avila	39,950
Las del de Salamanca y Ciudad-Rodrigo	12,700
Las del de Zamora	9,600
Las del de León y Astorga .	37,100
Las del arzobispado de Toledo	64,300
Las del obispado de Plasencia	57,300
Las del de Andalucía	59,800
TOTAL	451,000

Y hace notar muy á tiempo el autor de quién tomo esas noticias, que en las cantidades citadas no se incluyen «los derechos é impuestos con que los judíos acudían á los prelaos y cabildos.»

**

Desde aquella época se empezó á comprender que la persecución, matanza y confiscación de los judíos debía organizarse y correr á cargo del Estado.

Y los Reyes Católicos, que ya procedieron con más desahogo que sus antecesores y quitaron la cobranza de tributos de manos de los judíos, guardaron un delicado ten con ten mientras iban preparando el establecimiento del gran tribunal del Santo Oficio.

**

Los judíos, como si olieran la quema, se apresuraron á pedir bautismo y á proveerse de todos los sacramentos.

Y hubo algunos judíos que no solo se hicieron cristianos, sino que para mayor seguridad se hicieron clérigos.

Tanto fué así, que que el cardenal Cisneros les encargó la Biblia complutense, y por gusto propio, como particulares cerdearon largamente: quiero decir qué comieron cerdo, y despues de haber pasado la mayor parte de su vida profesando el error, con pública ostentación se mostraban impacientes con la tardanza de los demás en convertirse.

**

El pueblo, fiel á las antiguas prácticas de las matanzas espontáneas, sentía perder aquel glorioso privilegio, y aun recelaba que si el gobierno había de matar y robar judíos, no lo había de hacer bien; pero aquella vez como siempre el pueblo se engañaba, y la satisfacción que se le dió fué grande y digna del gremio sacerdotal.

**

Ya hemos dicho, que repetidas veces se había esparcido el rumor

de que algun judío había robado y muerto á un niño.

El pueblo se horrorizaba, corría á averiguar el caso, pero ¡qué judío ni qué niño muerto! jamás había hallado el cuerpo del delito, y esto le irritaba más y era causa de que no fuese tan blando como habría querido al apedrear, arrastrar, ahorcar y descuartizar á los matadores de Jesús y de niños.

**

Una vez constituido el tribunal de la Fe, quiso ver si en efecto se llegaba á hacer patente el delito que tantas veces había castigado sin tener el gusto de verle, y en efecto! en la primera quema de judíos que hizo la Inquisición de Toledo, tuvo la gloria de incluir á unos hebreos que en La Guardia habían crucificado á un niño cristiano, á quien, estando vivo todavía, le habían sacado el corazón por un costado.

Increible parece que...

Por supuesto, que de este crimen había pruebas auténticas. ¡Vaya! Las hubo para probarles á las monjas de Santa Clara que volaban, ¿y habrían faltado para los judíos que mataban niños?

**

Pero no anticipemos los sucesos.

Antes de la toma de Granada, los judíos abastecieron los campamentos cristianos, movidos del miserable cebo de la ganancia; establecieron tiendas y almacenes para que nada faltase en el campamento de los Reyes Católicos; allí acudían corredores, comerciantes, artesanos, banqueros, artistas, armeros, joyeros, basteros; toda esa gente que ni se dedica al culto divino, ni posee rinos, ni principados, ni piensa más que en el innoble trabajo y en su grosero fruto.

En aquel dilatado cerco se enriquecieron de tal modo, que acabaron de hacerse incompatibles para siempre en la altivez, la religiosidad y la miseria castellana.

**

El día 3 de enero de 1492 se tomó Granada: el día 31 de marzo del mismo año se dió el decreto de la expulsión de los judíos.

¡No más judíos! se dijo, y 160,000 familias judías, que moraban en España, recibieron el aviso de que ó se bautizaban al por mayor, ó dentro de cuatro meses saliesen inmediatamente de nuestra tierra con lo que pudieran llevar á cuestas.

**

La piedad de los Reyes Católicos favoreció á los judíos, dándoles licencia para que por mar y por tierra pudiesen sacar de España sus bienes, con tal que no fuesen oro,

ni plata, ni moneda amonedada, ni las otras cosas vedadas por las leyes de nuestros reinos, salvo mercaderías, que non sean vedadas é encobiertas.»

Y como dentro de cuatro meses irremisiblemente habían de perder lo que no hubiesen vendido ó no pudiesen llevarse, los católicos gozaron del placer de comprarles las cosas al precio que les pareció ponerles, viéndoles en aquel ridículo trance.

..

A pesar de lo cual, convienen los historiadores en que, merced á su indole engañadora y solapada, los judíos burlaron sagazmente la ley y sacaron de España á hurto muchas riquezas y preciosidades.

Y aun se iban llorando por lo que dejaban, fingiendo que consagraban sus lágrimas á la tierra donde sus padres, ellos y sus hijos habían nacido; donde estaban sepultados los huesos de sus mayores, parientes aun más próximos que ellos mismos de los que dieron muerte á Dios.

..

Al verlos salir gimoteando, cualquier cándido habría podido creer que iban á eternizar sus ayes encerrándose con sus joyas y sus remordimientos en alguna sombría gruta. Pues nada de eso. Aquella raza pérfida se fué á Oriente; muchísimos se quedaron bajo el bello cielo de Italia; otros pasaron á Portugal, y en todas partes llevaban la misma vida infame: esperar al Mesías, trabajar, estudiar, producir, comprar y vender... nada: porquerías.

..

El historiador de Sepúlveda dice que los de esa ciudad, antes de cumplir el glorioso edicto de su exánimamiento, «habían pasado tres días en el cementerio de sus padres, regando los huesos con su llanto y enterneciendo con sus lamentos á cuantos los oían.»

¡Perros! todo por no bautizarse.

..

Ciento sesenta mil casas tuvieron que abandonar, lo cual fué una verdadera ganga para la fe.

Algunos de ellos fueron tan enemigos del cristianismo, que se trasladaron á Africa. Las tribus de salvajes les asaltaron, robándoles, maltratando á los hombres, violando á las mujeres é hijas, y degollando á todo el que les oponía resistencia.

En Portugal se les impuso de orden del rey un crecido tributo (ocho escudos de oro por cabeza) sólo por pisar el suelo, y se les intimó que si dentro de un plazo fijo no salían del reino, quedarían hechos esclavos, lo cual se verificó puntualmente con

muchos; porque, eso sí, en cuanto á cumplir la palabra empeñada, en aquellos tiempos... ¡Oh, qué bellos tiempos!

..

Más adelante (1495) se decretó en el mismo reino que el judío que no se bautizara á los tres meses ó no saliese del reino, quedaría hecho esclavo. Se tuvo con ellos la atención de advertirles que el que quisiera marcharse encontraría barco en tales y cuales puertos.

Pero como el rey católico de Portugal tenía muchas cosas que hacer, no se acordó de tener dispuestos los barcos que había dicho.

Resultó que llegó el plazo, y como muchos judíos ni se habían bautizado ni se habían ido so pretexto de que no tenían nave en qué embarcarse, el rey católico viendo tanta perversidad los hizo esclavos al momento, y dejando á un lado á los empedernidos padres, llevó lejos de ellos á los tiernos hijos, sólo con el fin de cristianarlos con el tiempo.

..

Y mientras esperaba ocasión oportuna para ello, se metía á los judíos á millares en la iglesia, y allí, á lo que salga, les arrojaban á chorros el agua bautismal á la cabeza ó donde diere, y el que por suerte cogía la gracia, con ella se quedaba, y el que pillaba un resfriado, conocía á lo menos cuanto más no le habría valido dejarse bautizar por la buena.

..

Pero... (¿serían bárbaros?) hacían ascos á la pequeña cantidad de agua con que se les quería bautizar, y preferían arrojarle á los pozos y cisternas, como si no hubiera en esos sitios mucha más agua que en la pila bautismal; contradicción que irritó á los sensatos católicos lusitanos hasta el punto de hacerles perder toda su paciencia, y así arremetieron con los judíos á puñaladas.

..

Los que sobrevivieron eran tan perversos, que hicieron correr las más calumniosas quejas contra los católicos, fingiendo que en todas partes les atropellaban y les hacían violencias; y el Papa Clemente VII les creyó, y apiadado de unos hombres, en su concepto maltratados, y de quienes tenía noticia de que eran muy útiles para trabajar y sobrellevar el peso de las cargas públicas, les brindó con el amparo pontificio en los Estados de la Santa Sede, aun á los que ya bautizados quisieran volver á su falsa religión.

..

Inmediatamente, todos los Estados de Italia les hicieron iguales

ofertas, que aquellos bribones aceptaron; pero los que fueron remolones y no quisieron salir de Portugal pagaron por los demás; pues en 1506, un fraile de Santo Domingo enardeció de tal suerte la piedad de los católicos de Lisboa, que acordándose estos de las antiguas gloriosas matanzas de otras veces, hicieron una degollina tan grande que no se podía andar por las calles sin tropozar en una pepitoria de judíos cruda.

Por cierto que el rey D. Manuel casi se enojó de que se hubiese verificado sin orden ni concierto aquella función, y para demostrar al Papa que no le había parecido bien, mandó quemar vivo al susodicho fraile de Santo Domingo.

..

Pero... hemos llegado ya al siglo XVI.

Ya los tiempos van siendo otros, ya casi no son los bellos TIEMPOS DE MARI-CASTAÑA.

¿Qué nos queda hoy de aquel sagrado aborrecimiento á la raza de Israel?

¡Triste es decirlo! Casi nada.

Todavía la Iglesia se esmera procurando reanimar nuestra sagrada saña; pero ¡con qué desaliento!

Durante la Semana Santa, los buenos sacerdotes sacan un madero á la puerta de las Iglesias y excitan á los niños á que, armaños de mazas, sacudan sobre aquel tronco inerte, forjándose la ilusión de que sus tiernos corazones respirando odio se complacen en asesinar judíos.

Así el buen católico adquiere en edad temprana el deseo de matar á los enemigos de su ley y se acostumbra á la idea de verter sangre humana; pero esto es un mero simulacro; que no tiene trazas de durar, según la indiferencia religiosa va relajando las sociedades modernas.

¡Y esto sólo nos queda!...

..

Cuando uno se acuerda de que el obispo de Tolosa gozaba el privilegio de dar cada año tres bofetones al abogado de los judíos...

¡Y se los daba! ¡Vaya si se los daba!

Además, en la misma ciudad, el día de Viernes Santo los judíos tenían que elegir uno de ellos para que se colocara de pie á la puerta de la catedral, y cada uno de los católicos le daba al entrar una bofetada.

Pero eran bofetadas, digámoslo así, macizas, sonantes y contundentes, dadas de buena voluntad.

(Concluirá)

IMPRENTA ARTISTICA DE SAEZ, HERMANOS
MONSERRAT, 7.—MADRID